



## LOS INDIOS METROPOLITANOS ENSAYAN LA REVOLUCION

Con motivo de las recientes revueltas estudiantiles italianas, el sociólogo marxista Alberto Asor Roma ha declarado —según recoge Nelina Tersigni en "Primera Plana"—, que paulatinamente, en Italia, se va acentuando, como en América, la división en dos grandes grupos sociales: por una parte las instituciones, comprendido el Partido Comunista y los sindicatos, y por otra, una masa amorfa de descontentos y de marginados embrutecidos por el paro, pertenecientes en su mayoría al subproletariado y a la pequeña burguesía.

La insurrección romana ha venido a insistir en la, cuando menos desde el Mayo parisino, ya tan evidente crisis de las instituciones. Las declaraciones de Asor Roma —dejando aparte su intencionalidad—, ponen el dedo en la llaga de una problemática: las instituciones, sea cual sea su signo, siguen todas ellas una misma lógica que las convierte en igualmente aplastantes y represivas. La lógica de las instituciones viene regida por el "principio de equivalencia"— versión desplazada de la "Ley del valor" de Marx que gobierna la producción y reproducción de formas sociales. Un movimiento instituyente sólo es aceptado por lo instituido en

cuanto puede integrarse dentro del diagrama abstracto con que este instituido ha construido lo social como todo: es decir, en la medida en que puede hacerse equivalente o intercambiable con formas sociales ya existentes. En la actualidad, la dinámica política de nuestro país brinda muy buenos ejemplos de esta pugna por recuperar o integrar a todas las tendencias políticas que buscan institucionalizarse como partido, dentro de marcos que sean homologables a los establecidos.

Lo instituido ha marcado desde antiguo las reglas del juego: jugarlas implica perder. Implica quedar neutralizado. **hacerse equivalente;** puesto que no hay institucionalización posible sin un cálculo estricto de la economía de poder de que se dispone y de la situación global del mercado, sin una centralización de los órganos de información y decisión, sin una rígida disciplina del militante, sin un inusitado crecimiento burocrático, etc.; es decir, sin adoptar la forma organizacional de la **empresa:** el modelo eminente de institución capitalista, sea cual sea su signo político explícito (signo que, en última instancia, acaba funcionando como "marca" del producto que se ofrece al mercado, como "imagen" de la empresa).

Los indios metropolitanos han expresado con furia la necesidad de escoger otro campo de batalla; han señalado otro enemigo: la institución. En cierto modo, los indios metropolitanos son —como los locos, los presos y tantos otros marginados— **residuos sociales;** aquellos que las instituciones no pueden pensar sino negativamente (excluyéndolos, recludiéndolos...). Su **impensado** radical. Y en Roma han tomado la palabra apelando al único gesto significativo que el poder ofrece— y que abre como momento previo al exterminio— a quienes represalia: la violencia.

Pero no basta con que tomen —y siempre con riesgos excesivos— la palabra. Como afirma F. Guattari: "es necesario además crear las condiciones para un ejercicio total de esta enunciación". A esta tarea se han aplicado numerosos sectores, especialmente en Francia, desde principios de la década de los 60 —aunque, para el gran público, cabría situar el "mito fundacional" del movimiento anti-institucional en la ocupación de la sala de actos de la facultad de letras de Nanterre por el "Movimiento 22 de marzo", en 1968— que progresivamente han ido armando, desde múltiples frentes, un dispositivo teórico para dar

cuerpo a una estrategia global anti-institucional.

En el origen de todas estas tendencias convergentes debe situarse el grupo que, animado por Cornelille Castoriadis, editaba "Socialismo ou Barbarie". Durante la larga singladura de esta revista (1948-1966), pertenecieron a ella la mayor parte de líderes que luego animarán los diversos grupos de tendencia anti-institucional, amén de teóricos del análisis como Claude Lefort o F. Lyotard. La deuda para con "S.o.B." es, pues, inmensa. Igualmente debe dejarse constancia de las aportaciones de, primero, Henri Lefebvre y luego la "Internacional Situacionista", que centraron en la crítica de la vida cotidiana el eje de todo quehacer político (llegando a colaborar en algunas ocasiones con "S. o B.", como ocurrió con motivo de la elaboración del manifiesto común Canjuers-Debord), exigencia que en estos últimos tiempos no ha hecho sino aumentar, haciéndose cada vez más ineludible.

Además de estas dos grandes tendencias, otros sectores han hecho avanzar considerablemente el movimiento anti-institucional. De entre ellos, la "pedagogía institucional"

es uno de los más importantes. El "Grupo de Pedagogía Institucional" constituido en 1964 alrededor de gentes como M. Lobrot, G. Lapassade y R. Lourau (estos dos últimos ex miembros de "S. o B.", con quien por otra parte, el GPI mantuvo estrechos contactos durante algún tiempo) fue pionero en este sentido, promocionando conceptos como el de "autogestión", que demostraron ser de gran fecundidad. También la "psicoterapia institucional" jugó una importante baza al respecto: mencionemos a título de ejemplo la actividad terapéutica de F. Guattari en la clínica La Borde, y algunos de sus textos teóricos en los que puso en funcionamiento conceptos que luego se hicieron clásicos, como los de "analizador" o "análisis en acto". Finalmente pueden incluirse aquí, también, las aportaciones que desde la psicología (Marx Pagès), el psicoanálisis (Van Bockstaele), el sociopsicoanálisis (G. Mendel), o la etnopsiquiatría (Devereux, Laplantine) no han cesado, de un tiempo a esta parte, de enriquecer el armazón teórico de una estrategia cada vez más definida y ricamente interdisciplinar.

Con el Mayo de París, la problemática alcanzó niveles inusitados de publicidad y una mayor radicalidad política. Además del "Movimiento 22 de Marzo", numerosos grupúsculos políticos de signo radical incorporaron los planteamientos institucionales a sus tácticas. Así, los malos disidentes, decepcionados por la incapacidad autocrítica de grupos ultraizquierdistas como "Gauche Proletarienne" y, luego, "La Cause du Peuple" (especialmente tras el triste affaire de Baruch Zorobabel, quien después de haber tratado de hacer público un balance crítico de la actuación del comité de lucha Renault del que formaba parte, fue torturado por un comando mao y acabó suicidándose) propiciaron tendencias denominadas "libidinales", como "Tout" o "Vive la Révolution"; grupos de los que, en cierto modo, surgieron más tarde sectores importantes de lucha de carácter "sexista", como los movimientos pro liberación de la mujer (MLF) o de los homosexuales (FHAR). Así también, fracciones de la LCR que formaron colectivos de acción de diverso tipo: "Revolution", "Alliance Marxist Revolutionnaire", etc. También, finalmente, debemos incluir en este apartado, la adscripción de muchos de los ex-"situs" al bio-energetismo de Reich: la creación de grupos autónomos anarquistas de análogos

directrices; los movimientos ecologistas; o la línea que mantiene últimamente la revista "Autogestión et Socialisme" (sucesor desde 1966 de "S. o B.", a través de sus coordinadores Daniel Mothé e Yvon Bourdet), entre otros. Desde 1968, la problemática institucional multiplica sus frentes como una exigencia que traspasa todo el campo social. El carácter efímero de todos estos grupos no debe engañarnos respecto a la necesidad a la que responden. Es más: su continua movilidad es la única garantía con la que el movimiento anti-institucional evita ser, él mismo, recuperado por el sistema como institución.

Desde hace algún tiempo en nuestro país circula, más o menos subterráneamente, toda esta problemática. El proceso "democratizador" está acelerando la toma de conciencia, por amplios sectores de opinión, de dónde se sitúa el verdadero problema. Cuando la "normalización" de nuestras instituciones nos haya hecho aproximadamente homologables a la Europa burguesa todo esto será, si cabe, mucho más evidente: quedará claro quienes son los "enemigos de la revolución".

Ultimamente el carácter de las luchas sociales que sacuden la nación está desplazándose hacia puntos en los que se pone en cuestión, de modo mucho más radical, el "statu quo"; apareciendo las alternativas institucionalizadas —o en vías de serlo— como claramente insuficientes. Y esta tendencia no puede sino aumentar. Del mismo modo, resulta altamente significativo el que estén comenzando a traducirse la mayor parte de los textos más importantes de la política anti-institucional: Debord, Lyotard, Vaneigem, Castoriadis, Lapassade, Mendel, Laplantine... Sus textos capitales están apareciendo —o tienen anunciada su próxima aparición— en el mercado. La problemática institucional está, también aquí, comenzando a hervir.

Como está empezando a ser notorio, todos somos indios, negros, árabes; miserables colonizados. Nuestros cuerpos son territorios colonizados por el poder. Y las instituciones son los agentes delegados de este imperialismo sutil y despiadado. Frente a ello, los indios metropolitanos, al grito de "lo queremos todo y ahora mismo", han dado una decidida respuesta cuyos efectos proseguirán más allá de la mera explosión de violencia: ensayan la revolución.

MIGUEL MOREY